



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13031

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MIRCOLES 19 DE ABRIL DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Oumartini 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.



LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL
COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL
37 AÑOS DE EXISTENCIA
SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.
Direccion en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑIA Cabales 15

LA CRUZ

Como el resplandor de una aurora boreal que desgarrar por algún tiempo las tenebras de larguísima noche, así rompen la atmósfera de impiedad que respira el mundo los sublimes recuerdos de la Semana Santa.

Fiestas hay que perduran con magestad imponderable y se destacan con luz infinita, llamando al corazón con fuerza irresistible. Son las fiestas de Semana Santa; los días de la pasión del Hijo y de los Dolores de la Madre, los días del Sacramento eucarístico, eterna fuente de amor y de sublime caridad; los días de la cruz, símbolo del sacrificio; los días de la Resurrección, símbolo del triunfo y de la gloria.

Cristo ofreciéndose a la humanidad en banquete dulcísimo; Cristo coronado de espinas; Cristo clavado en la Cruz y muriendo por nosotros, continúa llenando el mundo con sus obras y la humanidad con su influjo.

En torno de la Cruz bendita, se congregan aún los hombres. La Cruz es emblema santo que se impone a las almas como la luz a los ojos. No podría concebirse el mundo sin mirar a esa Cruz redentora. Nada sería mas negro y mas espantoso que una Sociedad que no se acordara de la Cruz, ni se conmoviese de ternura y veneración en los días de Semana Santa.

La bendita Cruz, símbolo de la redención humana, recibirá el día del Viernes Santo las tristes plegarias de la multitud que acudirá a los templos, abrumada por el dolor.

Los días de Semana Santa son augustos por las impresiones dolorosas, por las esperanzas consoladoras que forman un soberano contraste, no solo para el creyente, sino para cuantos reflexionen acerca de la historia de la pobre y abatida humanidad, que tuvo precisión, con ser tan pequeña, de amores celestiales para su redención, sin los cuales no hubiera purificado el corazón de inmortales pasiones, de grandes egoísmos haciéndole juguete de las crueles tiranías que llenaron de obscuridad la historia de los tiempos antiguos.

Los dolores de la pasión de Jesús son mensajeros de resurrección gloriosa: pronto caerán los velos que hoy cubren los altares, y a los salmos de sublime tristeza que repercuten en las naves de los templos, sucederá el himno de gloria que el Sacerdote entone como señal de que las profecías se han cumplido, que la redención del hombre se ha realizado, quedando hechos pedazos los ídolos del paganismo al pie de la Cruz que se alza triunfante dominando a los corazones y despertando en ellos nuevos y dulces sentimientos.

Las divinas doctrinas sancionadas en lo alto del Calvario por Jesús, se enseñorean del corazón apesar de todos los esfuerzos de

los Césares que representaban a un mundo que había ahogado los nobles sentimientos en el Océano formado por las concupiscencias humanas.

La Santa Cruz es la preclada enseña de nuestra redención.

Las tristezas que sienten los católicos al contemplar en la Cruz, crucificado, a Jesús, son el fundamento de las grandes alegrías que embargarán el ánimo cuando el Sacerdote entone el «Aleluya» que anuncia la hora de la redención del hombre, el triunfo del espíritu sobre la materia.

Al conmemorar la Santa y cruenta pasión de Jesús, ve el alma una Cruz en alto y un Dios clavado en ella, exangüe, doloroso, llamando hacia sí todas las cosas y pronunciando palabras nunca oídas de perdón y de amor.

A LA CRUZ

Muere Jesús del Gólgota en la cumbre, con amor perdonando al que le hería; siente deshecho el corazón María del dolor en la inmensa pesadumbre.

Se aleja con pavor la muchedumbre cumplida ya la santa profecía... Tiembla la tierra: el lumínar del día cegando a tal horror, pierde su lumbré.

Se abre la tierra, se desgarran el velo, y ámpulos de un amor grande y profundo, parece estar la Cruz, signo de duelo, cerrando agneta con el pie el profundo, con la excelsa cabeza abriendo el cielo, y con los brazos abarcando al mundo.

Antonio Almendros Aguilar.

JESUCRISTO

I
No canto a Dios cuando en inmensa gloria «más allá de mil mundos resplandeco», ni cuando, majestuoso, se aparece conduciendo doquiera la victoria.

Ni cuando, lleno de bondad notoria, al gran Moisés su protección ofrece y, á su infalible voz, Faraón perece apultando en la mar su triste historia.

Ni cuando, con supremo poderío, fija al mundo sus leyes eternas...

Canto al Señor que en el madero frío, redimiendo a los miseros mortales, demuestra una vez más al mundo entero que su amor hacia él es verdadero.

II

Pendiente de la Cruz, ve que, cruenta celebra su pasión la turba multa, que, con sarcasmo, su placer no oculta viendo el aspecto que Jesús presenta.

Los ayos del dolor que le atormenta, la plebe, con sus gritos, lo sepulta y... ¡cada vez con más furor insulta al Dios que muere en agonía lenta!

Tiende Jesús al pueblo la mirada y, al ver la multitud desenfrenada que por su muerte con feroz clama, alientos de perdón en El renacen y, ¡Padre mio —con amor exclama— perdónalos que no saben lo que hacen!

III

En medio de ladrones colocado, escucha Dios, desde el madero santo, al buen ladrón que, con copioso llanto, perdón implora por lo que ha pecado.

Y, viendo arrepentido á ese malvado, halla Jesús consuelo en su quebranto. Vuelve hacia él su rostro sacrosanto, que de amor y bondad, está inspirado, y, en tan horrible trance de amargura al pecador consuela con dulzura, pues accediendo á su postrer anhelo y nueva prueba de ternura dando le dice al buen ladrón que está llorando: Conmigo te hallarás allá en el Cielo.

IV

Llora al pie de la Cruz con desconsuelo, al ver su soledad, triste y penosa, la Santa Madre que siguió amorosa al Redentor en su martirio y duelo.

¡Ya nada presta á su dolor consuelo! Amarga hiel en su interior reposa y en lontananza ve cuán horrorosa la soledad le aguarda en este suelo. El apóstol San Juan también con llanto riega el pie del madero sacrosanto. Les mira Dios y, con valor protijo, se dirige á su madre que transida por tan atroz dolor sigue afligida y amoroza la dice: ¡He ahí tu hijo!

V

¡Soledad por doquier! Ya está cercano el término fatal de su agonía...

Sigue cantando en inmoral orgía esa raza baldón del pueblo humano.

Los ayos de Jesús aueñan en vano... Los lleva el viento á la región vacía...

¡Soledad por doquier! ¡Oh raza impla! ¡Cómo has usado tu poder tirano!

¡Soledad por doquier! El Señor tiende la vista en torno del madero frío. Y al ver la soledad que allí se extiende, levantando su rostro ya sombrío exclama en prueba de mortal quebranto: ¡Por qué así me abandonas, Padre Santo!

VI

—No! tengo, dice el Redentor del mundo, mientras vierte su sangre á borbotones... Vinagre y hiel le ofrecen los ayones para que aumente su dolor profundo.

Toma el Señor ese brava je imundo presa ya de postreras convulsiones... y le rota á cumplir sus predicciones el pueblo con sarcasmo furibundo.

La misión por la cual vino á la tierra, y que un poema de ternura encierra, termina al fin y se redime el mundo. Y al ver Dios que se acaba su amargura inclinando su rostro moribundo, el: «Consummatum est», débil murmura.

VII

—En tus manos mi espíritu encomiendo, dice á su Padre en el postrer instante, cuando anuncia su voz y su semblante que la materia al fin está muriendo.

¡Ha muerto Dios! la tempestad rugiendo arde en su voz ronca y vibrante; ¡Ha muerto el Salvador! el rayo errante repite con su horrible y fiero estruendo...

Los muros de sus tumbas se levantan, los montes y castillos se quebrantan. Se nubla el sol y se oscurece el cielo y no hay nadie que entonces no se asombre y todo anuncia con amargo duelo que ha muerto Dios para que viva el hombre

Enrique Rajoy Laloup.

Reformas tributarias

El ministro de Hacienda tiene terminadas las reformas que introduce en algunas contribuciones ó impuestos, las cuales se llevarán al atentado del proyecto de ley de presupuestos.

«El Economista» consigna los siguientes pormenores de estas reformas:

«En la contribución por urbana se suprime la décima adicional y se establece que todos los que declaren en el plazo de seis meses quedan exentos de responsabilidad por las ocultaciones pasadas, y pagarán el 18 por 100 como cuota fija.

Los que no declaren en ese plazo pagarán el 23 por 100.

Mas, por aquella época, disgustado de la vida monótona que llevaba al lado de aquéllos, les dejó repentinamente para incorporarse á unos mercaderes ambulantes, que consintieron en encargarse de su suerte y cuya existencia aventurera le había seducido.

Guapo Francisco, el Meg, como se le llamaba. Como oemce el origen del Guapo Francisco. Hijo ilegítimo de un hombre sin corazón, que por avaricia le había abandonado vivió hasta los catorce ó quince años en un estado muy cercano á la pobreza.

Desde su infancia había tenido la conciencia de la irregularidad de su posición entre los hombres y aquel brutal epíteto de «bastardo» que le arrojaban á la oara los chicos de la aldea, parecía haber ulosado su alma.

La instrucción elemental que recibió de un cura de las inmediaciones y que tuvo muy pronto que interrumpir por la necesidad de ganar el sustento, no ejerció sobre él ninguna influencia saludable; por el contrario, no pudiendo aquel terreno, preparado para el cultivo, recibir la semilla, brotaron de él con mayor fuerza las hortigas y los espinos; los malos instintos germinaron con nuevo vigor.

No obstante, hasta la edad de que hablamos, nadie pudo adivinar en Francisco al enemigo futuro de la sociedad: salvo su carácter taciturno y concentrado y exceptuando algunas escapatorias propias de los pequeños campesinos, sus padres adoptivos no tuvieron nada que reprenderle,

Los niños, colocados bajo la vigilancia del feroz Santiago de Pithiviers, eran enviados de exploradores cuando se querían conocer las condiciones de una habitación y sus medios de resistencia: eran los espías de la cuadrilla.

Las mujeres, que seguían generalmente á sus ma-